

El cuerpo

Jennifer Herrero

JE



EL

Capítulo 1

Aborreció el último trago de su whisky. El bar se había convertido en una jaula salvaje. A esas horas, no había persona ni cuerda ni sobria. Lentamente puso el billete en la barra y se bajó del taburete.

Esquivando vomitonas y camareros enfurecidos, salió del bar. Llegó a su coche y se montó en él. Sabía que no tenía que cogerle en esas condiciones, pero él no tenía nada que perder y le importaba una mierda si alguien sí lo tenía. Arrancó el coche y se dirigió a la comarcal que le llevaría a su pueblo.

El camino era de unos veinte minutos a velocidad media, pero a esas horas, el concepto de velocidad media era algo desdibujado. Se apoyó con los dos brazos en el volante y echándose hacia adelante, un sopor le invadió de golpe. Tras cerrar un momento sus ojos, algo golpeó el coche y pasó por debajo de las ruedas. El golpe lo pabiló fuertemente y en un suspiro supo que algo no estaba bien. Frenó de golpe, salió del coche y con la linterna de la guantera apuntó hacia la carretera. Deseó no haberlo hecho.

Se acercó lentamente hacia el cuerpo y le llamó. Sorprendentemente le llamó de usted, y sin saber bien porqué, se acordó que ni a su propio padre le trató jamás de usted. El cuerpo no respondía. Se agachó y lentamente, giró el cuerpo. Le zarandeó, le llamó, le gritó. Nada. Aquel hombre yacía allí, tranquilo, como si nada hubiese pasado. No pensó mucho sus opciones y creyó que alguien debería ver las cosas más claras de las que él podía hacerlo.

Borracho y asustado, creyó hacer lo correcto, de momento. Se puso la linterna en la boca y tras agarrar al cuerpo por las piernas, le arrastró hasta el coche, abrió el maletero y, con mucha dificultad, metió al ombre dentro. Cerró la puerta y se apoyó en ella. Estaba exhausto y no sabía que hacer. El cuerpo era dos veces él y pesaba mínimo noventa kilos. Era el doble que él en peso y estatura y seguramente, acababa de meter un cadáver ahí dentro. La sola idea de ello, le revolvía las entrañas.

Conducir lo que quedaba de camino al pueblo nunca se le hizo tan largo. Notó cada bache y cada curva, perdió la noción del tiempo, y llegó completamente desorientado. Aparcó el coche enfrente de su casa y tras cerrar el coche con el hombre dentro de el maletero, abrió la puerta de su casa y entró dentro. La borrachera era cansada, la desorientación, tortuosa y el miedo, agonizante.

Golpeándose contra los muebles, se dejó caer en la cama, para sumirse en un profundo sueño. El sueño de los culpables, de los pecadores, de los incautos. olpearse contra los muebles no era nada nuevo. Noche tras

noche era lo mismo, pero lo que había en el coche, era tan inusual, que no encontró forma de afrontarlo antes de que el alcohol lo hiciera por él.

Llegó la mañana y con ella la resaca.

Acostumbrado a ella, se revolvió en la cama quitándose con la mano las babas caídas por su cara. Pero un espejismo cruzó de golpe su mente y le levantó de cuajo.

Todo le llegaba a la memoria lentamente, como un mal sueño, como una horrible pesadilla. Las luces, el asfalto, el golpe, el cuerpo. De repente recordó todo y algo distinto se apoderó de él. Algo distinto y que no sentía desde hacía mucho tiempo.

No era miedo, no era temor, no era angustia, era su conciencia. sabía como afrontar eso y tras darle muchas vueltas, decidió que el sólo no iba a ser capaz de hacerlo. Por ello, pensó que alguien más podría ayudarle.

Sólo tenía un amigo en el pueblo. El resto de la gente era antipático con él. Le trataban como él mismo se veía, un borracho sin familia, venido a menos que no tenía donde caerse muerto. Su amigo en cambio, era no muy diferente a él. Sólo que a él no le importaba lo que dijese la gente, por ello bebía hasta hartarse en el bar del pueblo. A diferencia de él, no se escondía de nadie, no como él, que iba a beber al pueblo de al lado, aún sabiendo que todo el mundo sabía que bebía hasta desmayar. Su amigo era algo diferente.

Empezó a beber tras enviudar y sus hijos, tras mucho intentarlo, no consiguieron ayudarle y le dieron de lado. Se mudó a ese pueblo para empezar de cero, pero sólo consiguió darse de morros con sus propios demonios. Aislados y repudiados, sin familia ni amigos, se conocieron y fueron forjando una amistad, una amistad de barra mas bien, pero amistad al fin de cuentas.

Desesperado, salió de su casa y corrió hacia la de su amigo. Golpeó con insistencia la puerta, procurando no hacer mucho ruido ni levantar sospecha. Intentando que nadie le viese, siguió golpeando hasta que oyó un "va", rudo y desgarrado. Un hombre en camiseta blanca de tirantes y en calzoncillos le abrió la puerta. Se rascaba la cabeza y tenía la mirada perdida, síntoma de la intensa borrachera de la noche anterior.

- Espabila. Me tienes que ayudar.

- ¿Cómo? ¡Qué espabiles, joder!

- ¿Tú sabes la hora que es?
- Ni lo sé ni me importa. Tira para mi casa.
- Estoy en calzoncillos, gilipollas de mierda, ¿cómo voy a salir así? Soy borracho, no imbécil.
- Vístete y ven. Te necesito.
- Espera aquí. En seguida salgo.

Se cerró la puerta y se quedó esperando.

Dentro oía golpes y murmullos. Sabía que el término "en seguida salgo", en realidad era un "me visto cuando la borrachera me deje y me siga acordando de que estás en la puerta esperando".

Golpeó varias veces la puerta y se abrió de golpe. Salió y cerró de mala gana.

- ¿Qué ostias te pasa?
- Me tienes que acompañar a casa.

Tengo que enseñarte algo.

- Algo. ¿El qué? Aquí no puedo decírtelo. No nos puede ver nadie.
- Quién ostias nos va a ver a las seis de la mañana.
- Tira para mi casa, joder, que es importante.
- Vale, vale.

A empujones, le llevó a su casa. Abrió la puerta y le metió hacia adentro. Dejó que se dejara caer en una silla y tras volver a rascarse la cabeza, preguntó lo obvio.

- ¿Me vas a decir ya lo que pasa o tengo que esperar a que te decidas?
- Me he metido en un lío, un lío de cojones.

No podía parar y daba vueltas frente a su amigo como si alguien lo persiguiese.

- ¿Más lío que cuando robamos todo el whisky del bar del pueblo y casi

nos apedrean? Ja, ja, ja, aquellos si eran buenos tiempos. Mucho peor.

La mirada de su amigo se tornó curiosa y asustada al mismo tiempo. Era un hombre rudo y fuerte. No le gustaba expresar sus emociones, pero esa vez fue evidente.

- Dime ya que pasa.

- Anoche joder, anoche la cagué de cojones.

- ¿Te tiraste a alguna guarra y te ha pegado algo?

- ¿Tú eres idiota o qué ostias te pasa?

- ¡No me dices nada, me lo tendré que inventar!

- Anoche volviendo del bar...

- Eso te pasa por irte al bar del pueblo de al lado. Te he dicho mil veces que eso no vale de nada. Si todo el mundo sabe que somos unos borrachos. ¿Qué más da serlo aquí o enfrente?

- ¡Cállate y escucha!. Anoche volviendo del pueblo, me dormí al volante. ¿Qué?

- Fue un segundo, te lo juro, pero noté un golpe y, joder, luego estaba allí tirado, sin moverse, joder, no sabía que mierda hacer.

- ¿Te cargaste a un animal?

- ¿¡Crees que me pondría así por un animal?!

- Entonces no entiendo nada...

- ¡Maté a alguien, joder! Me lo llevé por delante, no sé que pasó, joder, no lo sé... El llanto asomó por sus ojos y su amigo empezó a notar que aquello no era un juego, ni una broma pesada. Que había pasado algo en realidad, y que escapaba a la comprensión de él y seguramente de la suya también.

- Vale, tranquilízate. ¿Qué hiciste con el cuerpo? ¿Le dejaste allí tirado, le tiraste a la cuneta...? Me lo llevé.

- ¡Qué!

- Joder, no sabía que hacer, no lo sabía ostia.

- Vale, vale. No perdamos los nervios.

¿Dónde le tienes?

- Encerrado en el maletero del coche.

- ¡Joder, no sólo te cargas a alguien, sino que encima te lo llevas y te lo quedas!

- ¿Y que querías que hiciera?

- Todo menos traértelo como si fuera un trofeo de caza.

- ¿Vas a ayudarme o no?

- Sí. Enséñamelo y pensaremos que hacer con él.

- Vale.

Ambos salieron de la casa y con miramiento de que nadie les observara, abrieron el maletero suavemente, como si de una bomba se tratara. Enmudeció y se quedó pálido. Nada le preparó para lo que acababa de ver.

- ¿Qué se supone que debo ver? ¿Qué cuerpo, que mierda? ¡Aquí no hay nada!. ¡Qué broma es ésta?

- Estaba aquí, te lo juro.

- ¿Me estás diciendo que anoche mataste a alguien y que ha escapado de un maletero cerrado con llave?

- No sé si estaba muerto...

- ¿Cómo...?

- No estaba seguro. No se movía ni hacía nada...

- ¿No le tomaste el pulso ni nada?

- Estaba tirado, no se movía, no respondía, yo estaba muy borracho.

¿Qué hubieras hecho tú en mi lugar?

- ¡Cercionarme por lo menos de que estuviese muerto! Y aunque no estuviese muerto, ¿cómo ha salido de un maletero cerrado con llave? Ambos se miraron. No tenían ni idea de que alguien vivo hubiese podido

salir sólo de ahí.

- ¿Seguro que no lo soñarte? Mira que las borracheras son muy malas...

- ¡Que no joder. Te juro que aquí había un muerto, un cuerpo!. Media y pesaba más que yo. ¡Te lo juro!

- Pues macho, fuera lo que fuese, no está aquí.

- ¿Y dónde está?

- No lo sé macho, pero aquí no.

Se metieron en la casa y sin abrir la boca, ambos se sentaron en una silla, el uno frente a el otro. Ambos estaban en shock. no creía que lo que estaba metido en su maletero ya no estuviese ahí. Pedro no entendía a su amigo y de vez en cuando, dudaba si lo sucedido no fuera producto de la borrachera anterior, pero luego miraba su cara, y veía que no era ninguna broma.

No recordaba haberle visto así jamás.

Pensar. Eso debía hacer a partir de ahora.

Salir de la mierda en la que se acababa de meter. Piensa, se decía, ¿cómo algo muerto sale de un maletero cerrado?, ¿y si no estaba muerto? Alguien tuvo que abrir primero la boca. ¿Estás seguro de que estaba muerto?

- No.

- ¿Le tomaste el pulso o algo así?

- No. Me asusté. No supe reaccionar.

- Pues para no saber reaccionar, le arrastrarse hasta tu coche y te fugaste con él.

Félix lo fulminó con la mirada. Su amigo no le creía, o no creía cierta parte. Quizá no le haya creído nunca. Quizá no era el amigo que él pensaba.

- Vete.

- ¿Qué?

- Que te vayas. Esta mierda no es tuya.

No tienes porqué estar aquí. Nadie te obliga.

- Eres mi amigo.

- Pero la amistad tiene unos límites.

Puede que esto traspase esos límites.

Pedro guardo silencio mirando hacia abajo.

No era capaz de discernir si esto era suficiente para aguantarlo por un amigo. La amistad era una cosa, pero si todo era verdad, estaba hablando de asesinato, y eso no lo era capaz de encajar.

- No sigas pensándolo. Vete. No te lo reprocharé nunca.

- Pero, tendrás que encontrar el cuerpo.

- Eso es cosa mía.

Pedro se levantó lentamente y sin dejar de mirar a Félix, fue saliendo de la habitación.

Cuando llegó a la puerta, se volvió hacia él y le dijo con las pocas palabras que le quedaba de su aliento:

- Si pasa algo, avísame.

Félix no contestó y Pedro abrió la puerta y se fue de la casa. Félix se quedó mirando hacia la mesa sin saber por donde agarrar algo así. Quizá estaba vivo. Despertó y se marchó, pero ¿cómo abrió el maletero?.

Nada le cuadraba y todo le ahogaba. Sentía una presión en el pecho infinita, tanto que ensó que le podría dar un infarto. Por una parte pensó que darle un infarto y morir, en esa situación, quizás no sería mala salida. ¿Cuál era la mejor salida? Pasado un tiempo, no sabría decir cuanto, lo único que se le ocurrió fue ir a mirar el maletero. Necesitaba saber que había sido verdad, que no había sido producto de su imaginación. Salió de la casa, paró enfrente de el maletero y le abrió. Miró en él y tras pensar que ya deliraba, tras el último vistazo, vio de refilón en el recoveco derecho un trozo de tierra. La cogió y la desmenuzó en su mano y eso le confirmó que no había habido ninguna alucinación.

Había pasado de verdad. En ese maletero había habido un cuerpo y ahora

tocaba encontrarlo.

do le desbordaba y tras cerrar el maletero, hizo lo que nunca había hecho.

Fue al bar del pueblo, compró tres botellas de whisky, tras la mirada de todo el mundo, pagó y salió del local. Regresó a su casa y empezó a beber. Quizá en esta vida no sabía afrontar las cosas de otra manera, y buscar el cuerpo, podía esperar las tres botellas de whisky, por lo menos eso pensó tras la cuarta copa.

Unos golpes en la puerta le hizo recobrar el sentido. Los golpes seguían sonando y su cabeza retumbaba continuamente. Por más que quería y su cuerpo se lo pidiera, los golpes no cesaban, incluso sonaban más fuertes y más seguidos. No sabía ni qué pasaba ni qué hacía. Había perdido la noción del espacio tiempo. No sabía bien onde estaba, no sabía de donde procedían los golpes, pero seguían y seguían. La borrachera era brutal y lejos de espabilarse, cada vez estaba peor. Se dio cuenta de que estaba tirado encima de la mesa, con todas las botellas de whisky que estaban por encima. Se situó por un momento y oyó que los golpes venían de la puerta principal. Como pudo, se levantó y trastabilleando, llegó hasta la puerta de la cocina, cuando sin poder contenerlo, vomitó en la esquina de la cocina. Se limpió la boca con la mano, llegó a la puerta de la casa. Miró por la merilla y tras ver quién era, abrió la puerta despacio y medio ladeándose. Pedro entró como un rayo en la casa, llevándose a Félix por delante y tras ver la vomitona en el suelo y las botellas de whisky, se giró y viendo que Félix no era casi capaz de cerrar por sí sólo la puerta, fue a por él, cerró la puerta, mirando antes fuera, para cercionarse de ue nadie le había visto ni seguido, agarró a Félix y de un bofetón, le espabiló de golpe y le obligó a sentarse en la silla. Félix no supo a que vino eso, pero no creyó merecerse menos.

- ¿Se puede saber que ostias haces? Con la que tienes encima y tú borracho perdido. ¿Así afrontas está mierda? ¿Afrontas matar a alguien, bebiéndote medio bar?

- Mi mierda es mía y la afronto como yo considere.

- No guapo no. Ya no sólo es tu mierda, dejó de ser tuya y pasó a ser nuestra, cuando encontré esto debajo de la puerta de mi casa.

Pedro tiró las botellas al suelo de un golpe y con otro, puso un sobre blanco encima de la mesa. Los golpes de los cristales en el suelo, hicieron que su cabeza reventara por entro. Pedro al ver que no reaccionaba, le abofeteó de nuevo y le hizo mirar el sobre.

- ¡Espabila y lee el puto sobre! ¡Ya!
- No sé de que me hablas... necesito dormir...
- Ni dormir ni pollas. Ahora mismo vas a leer esto y vas a ayudarme.
- Pero...
- ¡Espabila joder. Lee el puto sobre!
- Vale, vale.

Cogió el sobre y con los ojos borrosos, le abrió y leyó, como pudo lo que ponía dentro. Fue tal el shock, que la borrachera se le fue de golpe.

- ¿Qué es esto?
- ¡Eso me gustaría saber a mí. ¿Tú matas a un pavo y yo me como la mierda o como va esto!?
- No entiendo nada. ¿Dónde estaba esto?
- Joder... Debajo de la puerta de mi casa. No puede ser.
- Si puede ser. No sé si se han equivocado de persona o lo han hecho porque te han visto conmigo y se piensan que soy tu cómplice o algo así, pero esto no me lo como yo sólo.
- No entiendo nada. De verdad...
- Pues yo sólo entiendo lo que pone en la cartita. Leo: "Sabemos lo que pasó anoche. Tú lo has matado y no saldrás impune. Nadie nos quita el trabajo.

Atente a las consecuencias. Tendrás noticias nuestras".

- Esto no puede ser...
- Si lo es. ¿Qué coño vamos a hacer ahora?
- ¿Qué hora es?
- Es por la noche. Son las cuatro de la mañana.
- ¿Cuándo te lo has encontrado?
- Hará unos veinte minutos. Cuando volvía del bar, lo vi al abrir la puerta.

Joder...

- ¿Qué vamos a hacer ahora?

- No tengo ni idea.

- ¿Pero tú a quién coño te has cargado?

- No lo sé, pero esto no pinta nada bien.

- ¡No jodas! Poco a poco la borrachera fue menguando a pasos agigantados. Las palabras de la nota burbujaban continuamente en la cabeza, pero lo que no llegaba a comprender era porque no había recibido él la carta y Pedro sí. Era algo que no llegaba a comprender. ¿Quién se escondía tras eso tan retorcido y perturbador?

- ¡Espabila! salió de su personal trance y a golpes, la realidad se impuso ferozmente.

- ¿Qué?

- ¿iCómo que qué?! Te recuerdo que el tío que tenias en el puto maletero le tenía que matar no se quién, lo has hecho tú, el cuerpo no está y a nosotros nos quieres borrar del mapa.

¿iY me preguntas que qué?!

- En la nota no pone nada de que nos vayan a matar, sólo que tendremos noticias tuyas.

- ¿i Y qué crees que nos van a hacer, traernos un ramo de flores e invitarnos a una mariscada?!

- No me agobies...

- ¿i Que no te agobie?! Claro como tú no has recibido la santa nota de mierda.

- Es que por más que lo pienso no entiendo porqué te han dejado la nota a ti y no ha mí. Me importa una mierda, pero me como yo el marrón. Piensa menos y limpia más, que eso huele a puto asco.

Mientras Félix recogía el devuelto con la fregona, Pedro no podía parar.

- Si vienen a por mí, tú caes conmigo, no te quepa duda.

- Siempre te he dicho que esto era asunto mío, no tuyo.
- ¡Ostias, pues menos mal. Si llega a ser mío, me cuelgan en la plaza del pueblo por los putos cojones!
- No te enrolles. Ahora hay que pensar en frío.
- Yo ya pienso en congelado...
- Pues pensemos en frío. Lo importante ahora es que encontremos el cuerpo antes de que ellos nos encuentren a nosotros.
- A ver genio. Te voy a decir algo, por si no te has dado cuenta. Ya nos han ntrado, nos han dejado la puta nota. Si nos quisieran muertos, ya lo estaríamos. Quieren algo de nosotros...
- Pero, ¿el qué?
- Ni puta idea, pero seguro que en cuanto se lo demos, somos carne de tumba.
- No digas eso, joder.
- ¡Si es la puta verdad!
- Hay que encontrar a ese tío.
- Genial. ¿Cómo lo hacemos?
- No lo sé.
- ¡Joder, pues si no lo sabes tú!
- ¡No, no lo sé!
- ¿Le viste la cara?
- Claro. Bueno entre la luz de la linterna, los faros, la oscuridad. Digamos que más o menos.
- Joder... Tenemos que encontrar a alguien que no sabemos ni que cara tiene, mientras unos putos psicópatas os pisan los talones. Gran plan. Y yo que quería pasar el día viendo Rambo...
- Tenemos tiempo.
- Si, hasta que les hinchen los cojones y nos hagan la corbata colombiana.

- No. Ellos quien el cuerpo. No nos harán nada hasta que no se lo demos. Ese es el tiempo que tenemos.

- Ya... Pero el problema que tenemos es que nosotros tampoco tenemos el cuerpo, icojones, que parece que no te enteras!

- Pero le encontraremos.

- ¿iCómo?! Si no sabemos ni la cara que tiene ni donde ostias ha ido. Ni siquiera sabemos como ha salido del puto maletero. Un muerto no sale de un maletero, ostia...

- Era un hombre más alto que yo, más fuerte que yo, está malherido, no creo que haya ido muy lejos.

- ¿Si ves su cara, le reconocerías? Debería.

- Genial. Ahora sólo hay que buscar a un hombre malherido, con cara que sólo sabes tú, que es Magiver, y que le persiguen unos psicópatas pone notas.

Cada vez pinta mejor la cosa...

- Por muy jodido que lo veamos, es lo único que tenemos.

La mirada de Pedro fue intensa, inyectable y asesina.

El plan fue lo mejor que se les ocurrió. Se enfundaron con dos mochilas, víveres, linternas y las llaves del coche. Salieron de noche, a hurtadillas, y con linterna en mano, se recorrieron todo el pueblo. Nada.

- Nos quedan los alrededores. Vamos a por el coche y los revisamos. Pero si no sabemos ni lo que estamos buscando... ¿qué ostias buscamos?

- Nuestro seguro de vida.

Pedro miró de repente a Félix y por primera vez en todo el tema, vio la seguridad en sus ojos.

Con el coche, revisaron cada palmo fuera de el pueblo, pero nada. Le había pasado por encima con el coche, no podía haber ido muy lejos. O eso era de lo que se quería convencer. Félix conducía y Pedro era un cuadro a su lado. Inquieto y sin descanso.

- ¿Y si buscamos en el pueblo de al lado? Le atropellé viniendo de allí. Quizá estaba allí por algo. Puede que haya vuelto. Haz lo que quieras.

Total, ¿qué tenemos que perder? Sólo quieren matarnos.

- No nos harán nada mientras no tengan el cuerpo.

- A claro, se me olvidaba. Es nuestro, ¿cómo era? ¡Ah, sí! Nuestro seguro de vida.

Ambos, cogieron la carretera, rumbo a el pueblo de al lado, con tanta desgana como euforia, no sabiendo si hacían lo correcto o se metían en el puto infierno.

Volvieron amaneciendo, cansados, y con las manos vacías. Entraron en la casa de Félix, y tiraron las mochilas y se dejaron caer en el sofá.

- Toda la noche perdida. De cojones... Vamos a pensar con la mente fría, no lo hemos encontrado, bien, pero eso significa que todavía sigue perdido y que seguimos teniendo tiempo.

- Bien, genial. Me voy a mi casa a ducharme. Esto es mejor que la rehabilitación, no tengo ni ganas de beber. Y por tu bien, espero que tú tampoco lo hagas. Lo último que necesito es un cómplice borracho.

Pedro salió dando un portazo y Félix se derrumbó. Toda la realidad y la frialdad que finge frente a Pedro, se le esfumó de entre las manos. Sentado, se agarró la cabeza con las manos y empezó a sollozar.

No sabía en que lío se había metido, pero lo peor era que había metido a su amigo por no saber afrontar él sólo los problemas, y ahora ambos estaban en manos de Dios sabe quién. le dio tiempo ni ha levantarse, cuando empezaron a golpear la puerta. Asustado como un conejo frente a una hiena, se quitó los zapatos y de puntillas se acercó hacia la merilla. Era Pedro, con la cara descompuesta y algo en una mano que agitaba sin cesar.

- ¡Abre, hijo de puta! Félix abrió y Pedro entró como un rayo, cerrando de golpe y, tras agarrarle por un brazo, le empujó hacia la cocina. Golpeó la mesa al tiempo que dejaba algo blanco en ella.

- No puede ser...

- Sí, sí puede ser. ¡Me cago en tu puta madre, cabrón de mierda. ¿Pero tú donde me has metido?!

- ¿Cómo?

- Lee la nota. ¡Lee! "Hemos encontrado lo nuestro. Lástima que no os hayáis dado más prisa. Ahora nos toca jugar a nosotros"

- ¡Así que nuestro seguro de vida, ¿eh?! ¡Estamos muertos, me oyes, muertos!

- ¿Pero, quién es ésta gente?

- ¡Psicópatas, mafia... A mí que me importa! ¡Yo lo único que sé es que estamos jodidos, bien jodidos!

- Vamos a pensar... ¿Dónde lo han encontrado? Si nosotros hemos mirado en todas partes.

- Pues no hemos buscado bien, o hacíamos el idiota mientras ellos ya le habían encontrado que es lo más probable.

- Vale, vale...tenemos que pensar algo antes de que ellos piensen por nosotros.

- ¿¡Y porqué me dejan las notas en mi casa, es qué no lo entiendo?! Ni yo. Creerán que eres mi cómplice o algo así, no tengo ni idea...

- Joder que marrón...

- Pero, ¿Y si está gente es tan lista y todo lo sabe. Si van cinco pasos por siempre por delante nuestro, porqué se creen que tienes que ver algo con esto?

- Pues, no lo sé, pero estoy en el ajo.

Estoy de mierda hasta el cuello. ¡De tu mierda!

- ...

- ¿Qué hacemos ahora?

- Ellos tienen el cuerpo. Es su turno. La pelota está en su tejado.

Tras un rato en el sofá, pensando, Pedro llegó a una conclusión: había que huir.

- Haz la maleta.

- ¿Qué? Que hagas la puta maleta. Esta gente nos quiere matar, ¿no?, pues no les vamos a dar ese placer. Al anochecer, cuando apenas haya gente en el pueblo, cogemos tu coche y nos vamos lo más lejos posible de

aquí.

- Pero, ¿A donde?

- No lo sé. Pero muy lejos de aquí. A las ocho de la tarde, aquí, con una maleta y nos vamos en el coche. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

El día se hizo especialmente largo. Félix no hacía más que mirar el reloj, pero las horas no pasaban, parecía que el reloj se había parado y no tenía intención de volver a funcionar. Andaba por la casa, daba vueltas, miraba por las ventanas a ver si veía algo sospechoso. Nada. Que no ocurriera nada, le perturbaba más que si le mataran. Esa angustia que notaba le estaba atando por dentro. Él creía o quería creer que Pedro estuviera igual que él, pero lo dudaba. Él siempre ha sido más fuerte y decidido que él.

Cuando por fin, dieron las ocho, Pedro estuvo allí como un clavo. El sol ya se había ido metiendo y tras la puesta de sol, quedaba ese anochecer oscureciente y fascinante, que Félix tanto amaba. Cuando lo miró por la ventana, pensó para si mismo, si no sería el último que vería en su vida.

Cogieron las maletas y tras ver que no había nadie por los alrededores, ambos se subieron al coche y arrancaron, rumbo a salvar su vida.

Cuando cogieron la comarcal para ir a entrar en la autopista, ya noche cerrada, el aire podía cortarse dentro del coche.

Ambos iban callados y perdidos en sus ropios pensamientos. Ninguno de los dos se atrevía a abrir la boca, quizá por pereza, quizá por miedo o quizá por no saber exactamente lo que estaban ni haciendo, ni buscando.

Algo les haría espabilar de golpe. De repente un golpe en la parte trasera del coche, les hizo reaccionar. Un coche, bastante mejor que el suyo, les estaba golpeando por detrás y empezaron a darle por los lados. Sus luces cegaban los ojos de ambos cuando intentaban mirar hacia atrás.

- ¿Qué ostia pasa. Qué hacen?

- Nos están golpeando.

- ¿No me digas? ¡Cuidado, mira hacia adelante!

- Creo que sé lo que quieren.

- ¿El qué?

- Quieren sacarnos de la carretera. lo consiguieron. Tras mucho forcejeo y golpes, el coche de Félix se precipitó por un barranco y bajaron ladera abajo. Aturdidos por el frenazo y las embestidas, ambos quedaron inconscientes.

Cuando despertaron, se encontraban en un páramo, lejos de toda civilización, atados de manos y pies, debajo de la atenta y esa noche, oscura luna.

- ¡Hombre! Los angelitos ya despertaron.

Bienvenidos.

- ¿Qué queréis de nosotros?

- Félix, querido, es muy fácil. Queremos el cuerpo.

- Nosotros no tenemos ningún cuerpo.

Os le llevasteis vosotros.

- Si, pero resulta que ha vuelto a desaparecer, y de su existencia sólo sabéis vosotros. ¿Dónde lo tenéis?

- Nosotros no tenemos nada. Ni siquiera sabemos bien cómo es su cara. Os lo explicaré de otra manera. Darnos el cuerpo y tendremos clemencia. De lo contrario, será muy malo para ambos.

Esos tres tipos daban de verdad mucho miedo. Tenían armas, los tenían secuestrados y se pensaban que tenían su botín, pero se equivocaban estrepitosamente.

- No sabemos dónde está. Os lo juramos.

- ¿Qué pasa. A tu amigo le ha comido la lengua al gato?

- No.

- Pues Pedrito, ayuda a tu amiguito, que está muy feo no hacerlo.

- El no tiene nada que ver con esto. Yo atropelle a ese hombre y el problema es mío, no suyo.

- ¿Qué crees. Que os vamos a dejar ir por las buenas? A nosotros nos da

igual uien lo cogiera, pero le queremos de vuelta.

- ¡Pero si no sabíamos ni quién era!

- ¡Qué dejéis el cuento ya. ¿Si no sabíais quien era, porqué en lugar de dejarle donde estaba, le metiste en tu maletero. Porqué no le dejaste donde estaba?!

- Me asusté, ¿vale?. Iba borracho y no quería problemas.

- ¿Borracho, eh? Bien, bien... ¿Entonces por eso no te enteraste de nada de lo estaba pasando?

- ¿Y que estaba pasando?

- Que dejaste escapar al hombre equivocado. Es un ex marine, entrenado para matar, y que nos debía ciertas cosas, y bueno, estábamos charlando un poco, cuando consiguió escaparsenos y al subir la ladera fue cuando tú le atropellaste.

- ¿Maté a un asesino? No lo llegaste a matar, pero casi. Ahora ha escapado y le estamos buscando. Tú nos diste la oportunidad perfecta para atraparle cuando escapó la primera vez, pero te le tuviste que llevar... Y ahí la jodiste. ¿Tanto te costaba haberte dado a la fuga, como hacen todos los borrachos normales? ¡No! Nosotros tuvimos que dar con el héroe del día.

- Ya te dije que me asuste.

- Más asustado estaría yo ahora, porque ahora si que tenéis un problema. No dudéis que volveremos a encontrarle, pero como comprendereis, no podemos dejar cabos sueltos, y vosotros es lo que sois.

- ¡No le contaremos nada a nadie, lo juramos! ¿Verdad Pedro? ¡Díselo joder!

- Si tienen que matarme que me maten, pero que acaben ya de una puta vez...

- Pero, ¡Pedro! Ya has oído a tu amigo. Está pidiendo clemencia, y se la daremos. ¿Tú también la quieres?

- Yo quiero saber un par de cosas.

- Vaya, nos a tocado el parlanchín. ¿Qué quieres saber?

- ¿Cómo salió de mi maletero? ¿Le ayudasteis?

- ¡Ja, ja, ja! Creéis que alguien que no dudaría en cortarte el cuello, no sabe salir del maletero de un coche de mierda. Seguíis menospreciando al tipo, pero quizás sea mejor sea así. ¿Quién sabe?

- ¿Porqué le dejabais las notas a Pedro y no a mí? Su cara cambió de golpe. El halo de inquietud y miedo cruzo los ojos de aquel hombre como un haz de luz. Efímero, pero lo justo para fijarte en ello.

- ¿Qué notas? Las notas que dejasteis en casa de Pedro diciendo que teníamos algo vuestro, que lo devolvieramos y después, que ya lo teníais y que pagaríamos por ello.

Pedro, ante la incredulidad del hombre, levantó la cara y le miró directamente a los ojos. Luego, por primera vez, miró a Félix, y ambos, en un atisbo de máxima complicidad, notaron que quizás ese no iba a ser su final. Si esa gente no era los que pusieron las notas, ¿quién fue? El hombre hizo un gesto con la mano y uno de los dos secuaces que vigilaban para que no escaparan, se acercó a él. Hablaron algo al oído y luego tras volver a mirarlos, siguieron hablando.

Pedro había conseguido un trozo de cristal y se estuvo cortando la brida de las manos.

Rápidamente cortó la de sus pies y gritó: "volveré a por ti", mientras salió corriendo áramo a través, intentando llegar a la arboleda y ocultarse para escapar. Pero antes de que llegara a los árboles, el hombre que les custodiaba, sacó un arma y le disparó directamente a la cabeza. Pedro cayó fulminado por una bala que le había reventado los sesos. Félix gritó como jamás lo había hecho en la vida, maldeciendo cada una de las cosas que le pasaban por la cabeza. De repente todo le cayó encima como un yugo pesado y frío. Todo lo que había pasado, todo lo que habían hecho, todo lo que habían hablado. Ahora ya nada valía para nada. El hombre que hablaba con el que parecía el jefe, tras una indicación, se acercó hasta Pedro, le cogió por las piernas y le fue arrastrando hasta delante de Félix. La imagen era grotesca.

Apenas le quedaba cráneo y todo era un amasijo de carne y sangre. Con esa imagen en la cabeza, por primera vez, Félix se rindió y deseó que lo matasen, y lo hicieran e la peor forma, porque en el fondo no podía olvidar que fue culpa suya que Pedro estuviera allí.

- Esto le pasa a los que intentan pasarse de listos.

Le cortaron las bridas y le pusieron en pie.

Le dieron una pala. Félix, incrédulo ante lo que creía que iba a pasar, miró al jefe y dijo: "Si me matais, jamás sabréis quién nos dejaban las notas.

- ¿Dónde están las notas?

- Jamás te lo diré. No para que después me mateis.

- Cava.

- ¿Cómo?

- Que empieces a cavar. Le darás santa sepultura a tu amiguito del alma.

- No... yo no...

- ¡Qué caves joder! se dirigió donde le indicaron y empezó a cavar con los ojos inyectados en sangre y lágrimas a partes iguales. Miraba de vez en cuando al cuerpo de Pedro y las lágrimas caían a raudales por sus mejillas. Jamás se le pasó por la cabeza si él acabaría igual. El complejo de culpa era mucho más inmenso. Se sentía como si él hubiera apretado el gatillo, y de alguna manera, en el fondo del todo, sabía que había sido así.

La noche parecía eterna y él cavaba y cavaba. No le ordenaban otra cosa y si paraba, bueno, si paraba, mira a Pedro y sabía lo que le esperaba, cosa que en el fondo, creyó que seguramente se merecía.

Si más que él.

Cuando el agujero llegaba más o menos al metro y medio, le mandaron parar.

Sudoroso como si no hubiese un mañana, y tenuado, la siguiente orden que recibió no fue la que él imagino todo ese tiempo.

Uno de los vigilantes, agarró a Pedro por las piernas y lo arrastró hasta tirarle al hoyo. Esa imagen se grabó a fuego en el alma de Félix.

- Ahora, tapa el hoyo.

- ¿Qué?

- Que tapes el hoyo. Una cosa antes.

¿Dónde están esas notas?

- No lo sé. Con tanto ajetreo, quizá hasta las haya perdido.

- Ya. Dale tus llaves del coche.

Señaló al hombre con el que él hablaba anteriormente.

- Dale tus llaves del coche.

Sin mucha más opción, cogió las llaves del bolsillo y se las arrojó. Pero antes de irse, le mandó registrarle. Como comprenderás, no voy a estar buscando las notas en tu coche si puedes tenerlas encima.

Dejó que le registraran y tras eso, el hombre puso rumbo hacia donde debía estar el coche accidentado entre los árboles.

- ¿Qué miras? Sigue tapando.

Él, tras mirarle con furia y odio, se puso manos a la obra. Sabía que en el coche no encontrarían nada y eso quizás, le daría más tiempo del poco que tenía.

Cuando Félix acabó de sepultar a Pedro, allanó el terreno y tiró la pala a un lado. El supuesto jefe le miraba sin cesar, y antes de que pudiera decirle nada, el otro hombre volvió desde donde debería estar su coche y le dijo que allí no había ninguna nota.

- ¿Dónde están las notas? Te dije que no lo sabía. Quizá hasta las haya perdido...

- Mira chaval, no tengo paciencia para más tonterías.

Sacó un arma y le apuntó en la sien. Félix dio por sentado que ese era su fin. Que ya no había más vuelta atrás. Cerró los ojos y se preparó para el fogonazo, ese que sería el último ruido que oiría en su vida. Y sí, oyó un fogonazo, pero uno detrás de otro.

Tres para ser más exactos. Félix abrió los ojos y vio a los tres hombres muertos de un balazo. Él desesperado, se tiró al suelo y espero a ver que pasaba. No volvió a oír nada más ni apareció nadie. ¿Qué cojones acababa de pasar? Antes de que alguien apareciera y fuera tarde, corrió hacia el hombre que se llevó las llaves de su coche, las agarró, y salió corriendo en dirección a donde el hombre había ido a por su coche. Llegó al coche y vio que estaba estampado contra los árboles y que era imposible usarle y menos, sacarle de allí.

Desesperado y mirando a todas partes, Félix salió corriendo y al llegar a la carretera, y como alma que lleva el diablo, corrió en dirección a su pueblo. Corría y corría, sin aliento, mirando a sus espaldas.

Cuando llegó al pueblo, corrió y antes del amanecer, entró en su casa. Exhausto y sin aliento, miró la merilla. Cerciorando de que nadie le había seguido, todavía tenía que procesar todo lo que había pasado. Lo que no sabía era que no tendría ni esa oportunidad, porque cuando se giró, vio a alguien sentado en la mesa de la cocina. La luz le daba de lleno y no conseguía ver bien quién era. Se fue acercando poco a poco, y cuando llegó a la puerta de la cocina lo vio bien. Tan nítido y claro que se estremeció por completo. Se acordó de la pregunta que Pedro le dijo: "¿Si le vieras la cara le reconocerías?". En ese momento no supo asegurárselo. Ahora, era cierto, le reconoció, porque allí estaba, sentado y mirándole fijamente, como si le hubiese esperado toda la vida.

Félix se quedó petrificado y supo reaccionar. El hombre se levantó de la silla y se acercó a él.

- Sólo quería darte las gracias. Sé que no es el mejor modo, pero yo no sé hacer las cosas de otro modo. Si no me hubieras atropellado y metido en tu maletero esa noche, seguramente estaría muerto por esa gente.

Tranquilo, esa gente no te molestará más. Mi gente se encargó de ella en el bosque.

- Yo... no...

- Tranquilo. ¡Ah! Y siento lo de las notas.

Mi gente quería encontrarme a toda costa y se equivocó con vosotros. Sois uenas personas. Sé que de mi dicen que soy un asesino, pero yo no hago daño a quien no me lo hace a mí.

Ante un Félix pasmado, sólo le dio una palmada en la espalda y cuando fue a salir por la puerta principal, se volvió y dijo: "Siento lo de tu amigo. No se lo merecía", y se fue de la casa. Y tenía razón. No se lo merecía...